

**Jacques Lacan / Los Seminarios de Jacques Lacan / Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud. / Clase 7. La tópica de lo imaginario. 24 de Febrero de 1954**



**Clase 7**

**La tópica de lo imaginario**

24 de Febrero de 1954

---

*Meditación sobre la óptica. Introducción del ramillete invertido. Realidad: el caos original. Imaginario: el nacimiento del yo. Simbólico: las posiciones del sujeto. Función del mito de Edipo en el psicoanálisis.*

La pequeña charla que les ofreceré hoy estaba anunciada con el título de *La tópica de lo imaginario*. Un tema tan importante como éste llevaría varios años de enseñanza; pero ya que en el hilo de nuestro discurso han surgido algunos problemas relacionados con el lugar de lo imaginario en la estructura simbólica, la charla de hoy puede reivindicar este título.

Es, según un plan preconcebido, cuyo rigor espero el conjunto les demostrará, que los guíe la última vez hacia un caso especialmente significativo pues muestra de modo reducido el juego recíproco de esos tres grandes términos que ya tuvimos oportunidad de introducir: lo imaginario, lo simbólico y lo real.

Nada puede comprenderse de la técnica y la experiencia freudianas sin estos tres sistemas de referencia. Cuando se emplean estas distinciones muchas dificultades se justifican y aclaran. Sucede así con los puntos incomprensibles que la señorita Gélinier señaló el otro día en el texto de Melanie Klein. Cuando se intenta elaborar una experiencia lo que cuenta no es tanto lo que se comprende como lo que no se comprende. El mérito de la exposición de la señorita Gélinier radica precisamente en haber resaltado lo que en este texto no se comprende.

Se demuestra así la fecundidad del método de los comentarios. Comentar un texto es como hacer un análisis. Cuantas veces advertí a quienes están en control conmigo cuando me dicen:

*Creí entender que él quería decir esto o aquello*, les advertí que una de las cosas que más debemos evitar es precisamente comprender demasiado, comprender más que lo que hay en el discurso del sujeto. No es lo mismo interpretar que imaginar comprender. Es exactamente lo contrario. Incluso diría que las puertas de la comprensión analítica se abren en base a un cierto rechazo de la comprensión.

No basta con que un texto parezca coherente. Ciertamente, este texto se sostiene en el marco de las cantinelas que nos son habituales: maduración instintiva, instinto primitivo de agresión, sadismo oral, anal, etc. Sin embargo, en el registro que Melanie Klein hace intervenir aparecen algunos contrastes sobre los que volveré a insistir detalladamente.

Todo gira en torno a lo que a la Srta. Gélinier le pareció singular, paradójico, contradictorio, respecto a la función del *ego*: demasiado desarrollado traba todo desarrollo, pero al desarrollarse vuelve a abrir las puertas de la realidad. ¿Cómo es posible que el desarrollo del *ego* vuelva a abrir las puertas de la realidad? ¿Cuál es la función propia de la interpretación kleiniana, cuyas características son las de una intrusión, un enchapado del sujeto? Estas son las cuestiones que hoy tendremos que precisar.

Ya han debido darse cuenta que, en el caso de este joven sujeto, real, imaginario y simbólico están allí perceptibles, aflorantes. Les enseñé a identificar lo simbólico con el lenguaje: ahora bien, ¿no es precisamente en la medida en que, digamos, Melanie Klein habla, que algo sucede? Por otra parte, ¿cuando Melanie Klein nos dice que los objetos se constituyen mediante juegos de proyecciones, introyecciones, expulsiones, reintroyecciones de los objetos malos; cuando nos dice que el sujeto, quien ha proyectado su sadismo, lo ve retornar desde esos objetos, y en consecuencia se halla bloqueado por un temor ansioso, no sienten ustedes que nos hallamos en el dominio de lo imaginario?

Todo el problema reside entonces en la articulación de lo simbólico y lo imaginario en la constitución de lo real.

Para tratar de aclararles un poco las cosas, he elaborado un pequeño modelo, sucedáneo del estadio del espejo.

He señalado a menudo que el estadio del espejo no es simplemente un momento del desarrollo. Cumple también una función ejemplar porque nos revela algunas de las relaciones del sujeto con su imagen en tanto Urbild del yo. Ahora bien, ese estadio del espejo, que no podemos negar, tiene una presentación óptica que tampoco podemos negar. ¿Es acaso una casualidad ?

Las ciencias, en particular las ciencias nacientes como la nuestra, toman prestado frecuentemente modelos a otras ciencias. ¡No imaginan, mis pobres amigos, todo lo que deben ustedes a la geología! Si la geología no existiera, ¿cómo pensar entonces que, en un mismo nivel, puede pasarse de una capa reciente a una capa muy anterior? No estaría mal, lo digo al pasar, que todo analista se comprara un librito de geología. Hubo hace tiempo un analista geólogo, Leuba, quien escribió un libro cuya lectura les recomiendo calurosamente.

La óptica también tendría algo que decir. No me alejo con esto de la tradición del maestro: seguramente más de uno habrá notado en la Traumdeutung, en el capítulo Psicología de los procesos oníricos, el famoso esquema en el cual Freud inserta la totalidad del proceso del inconsciente.

En su interior, Freud sitúa las distintas capas que se diferencian del nivel perceptivo, a saber la impresión instantánea: S1, S2, etc., a la vez imagen, recuerdo. Estas huellas registradas son luego reprimidas en el inconsciente. Es un esquema bonito, ya volveremos a él pues nos será útil. Observen que va acompañado de un comentario que no parece haber llamado la atención de nadie, a pesar de que Freud lo retomó en su casi última obra: el Compendio de psicoanálisis.

Se los leo tal como figura en la Traumdeutung: La idea que así se nos ofrece es la de una localidad psíquica trata exactamente del campo de la realidad psíquica, es decir, de todo lo que sucede entre la percepción y la conciencia motriz del yo- . . . *Vamos ahora a prescindir por completo de la circunstancia de sernos conocido también anatómicamente el aparato ahímico de que aquí se trata y vamos a eludir asimismo toda posible tentación de determinar en dicho sentido la localidad psíquica. Permaneceremos, pues, en el terreno psicológico y no pensaremos sino en obedecer a la invitación de representarnos el instrumento puesto al servicio de las funciones ahímicas como un microscopio compuesto, un aparato fotográfico o algo semejante. La localidad psíquica corresponderá entonces a un lugar situado en el interior de este aparato, en el que surge uno de los grados preliminares de la imagen. En el microscopio y en el telescopio son estos lugares puntos ideales; esto es, puntos en los que no se halla situado ningún elemento concreto del aparato. Creo innecesario excusarme por la imperfección de estas imágenes y otras que han de seguir. Estas comparaciones no tienen otro objeto que el de auxiliarnos en una tentativa de llegar a la comprensión de la complicada función psíquica total, dividiéndola y adscribiendo cada una de sus funciones aisladas a uno de los elementos del aparato. La tentativa de adivinar la composición del instrumento psíquico por medio de tal división no ha sido emprendida todavía que yo sepa. Por mi parte no encuentro nada que a ella pueda oponerse. Creo que nos es lícito dejar libre curso a nuestras hipótesis, siempre que conservemos una perfecta imparcialidad de juicio y no tomemos nuestra débil armazón por un edificio de absoluta solidez. Como lo que necesitamos son representaciones auxiliares que nos ayuden a conseguir una primera aproximación a algo desconocido, nos serviremos del material más práctico y concreto.*

Ya que los consejos están hechos para que nadie los siga, creo que es inútil aclararles que desde entonces no hemos dejado de tomar el débil armazón por un edificio de absoluta solidez. Por otra parte, la autorización que nos da Freud para utilizar en la aproximación a un hecho desconocido relaciones auxiliares, me ha incitado a hacer gala de cierta desenvoltura en la construcción de un esquema.

Vamos a usar hoy algo casi infantil, un aparato de óptica mucho más simple que un microscopio complejo, sería divertido continuar con esta comparación, pero eso nos llevaría demasiado lejos.

Les recomiendo encarecidamente que mediten acerca de la óptica. Cosa curiosa, se ha

fundado todo un sistema metafísico en la geometría y la mecánica, buscando en ellas modelos de comprensión, en cambio, hasta hoy, no se ha sacado todo el partido posible de la óptica. Sin embargo, ella debería prestarse a algunas ensoñaciones, esta curiosa ciencia que intenta producir mediante aparatos esa cosa singular llamada «imágenes», a diferencia de las demás ciencias que efectúan un recorte, una disección, una anatomía de la naturaleza.

Tengan claro que al decir esto no busco darles gato por liebre, ni confundir las imágenes ópticas con las imágenes que nos interesan. Pero, no por casualidad, llevan el mismo nombre.

Las imágenes ópticas presentan variedades singulares; algunas son puramente subjetivas, son las llamadas virtuales; otras son reales, es decir que se comportan en ciertos aspectos como objetos y pueden ser consideradas como tales. Pero aún más peculiar: podemos producir imágenes virtuales de esos objetos que son las imágenes reales. En este caso, el objeto que es la imagen real recibe, con justa razón, el nombre de objeto virtual.

Todavía hay algo aún más sorprendente: la óptica se apoya, totalmente, en una teoría matemática sin la cual es absolutamente imposible estructurarla. Para que haya óptica es preciso que a cada punto dado en el espacio real le corresponda un punto, y sólo uno, en otro espacio que es el espacio imaginario. Es ésta la hipótesis estructural fundamental. Parece muy simple, pero sin ella no puede escribirse ecuación alguna, ni simbolizarse nada; sin ella la óptica es imposible. Aún quienes la ignoran nada podrían hacer en óptica si ella no existiese.

Allí también espacio real y espacio imaginario se confunden. Esto no impide que deban pensarse como diferentes. En materia de óptica, encontramos muchas oportunidades para entrenarnos en ciertas distinciones que muestran hasta qué punto es importante el resorte simbólico en la manifestación de un fenómeno.

Por otro lado, en óptica existen una serie de fenómenos que podemos considerar como totalmente reales puesto que es la experiencia quien nos guía en esta materia y, sin embargo, la subjetividad está constantemente comprometida. Cuando ustedes ven un arco iris ven algo totalmente subjetivo. Lo ven a cierta distancia destacándose sobre el paisaje. El no está allí. Se trata de un fenómeno subjetivo. Sin embargo, gracias a una cámara fotográfica pueden registrarlo objetivamente. ¿Qué es entonces? Ya no sabemos muy bien ¿verdad?—dónde se encuentra lo subjetivo y dónde se encuentra lo objetivo. ¿No será más bien que estamos acostumbrados, en nuestras cortas entendederas, a establecer una distinción demasiado somera entre lo objetivo y lo subjetivo? ¿Tal vez la cámara fotográfica no sea más que un aparato subjetivo, enteramente construido con ayuda de una  $x$  y una  $y$  que habitan el mismo territorio que el sujeto, es decir el del lenguaje?

Dejaré abiertos estos interrogantes para abordar directamente un pequeño ejemplo que intentaré meterles en la cabeza antes de hacerlo en la pizarra, puesto que no hay nada más peligroso que las cosas en la pizarra: quedan siempre un poco chatas.

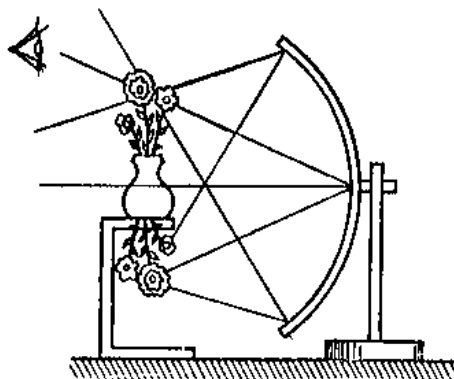
Se trata de una experiencia clásica, que se llevaba a cabo en la época en que la física era divertida, en la época de la verdadera física. Nosotros, de igual modo, estamos en la época en que verdaderamente se trata de psicoanálisis. Cuando más cerca del psicoanálisis divertido

estemos, más cerca estaremos del verdadero psicoanálisis. Con el tiempo se irá desgastando, se hará por aproximaciones y triquiñuelas. Ya no se comprenderá nada de lo que se hace, así como ya no es necesario comprender nada de óptica para hacer un microscopio. Regocijémonos pues, aún hacemos psicoanálisis.

Coloquen pues aquí, en mi lugar, un formidable caldero -que quizá me reemplazaría ventajosamente, algunos días, como caja de resonancia-, un caldero lo más parecido posible a una semiesfera, bien pulido en su interior, en resumen un espejo esférico. Si lo acercamos casi hasta llegar a la mesa, ustedes no se verán dentro: así, aunque cada tanto yo me transformase en caldero, el fenómeno de espejismo que se produce cada tanto entre mis alumnos y yo, no se producirá aquí. Un espejo esférico produce una imagen real. A cada punto de un rayo luminoso proveniente de un punto cualquiera de un objeto situado a cierta distancia-preferentemente en el plano del centro de la esfera-le corresponde en el mismo plano, por convergencia de los rayos reflejados sobre la superficie de la esfera, otro punto luminoso: se produce entonces una imagen real del objeto.

Lamento no haber podido traer hoy ni el caldero, ni los aparatos de la experiencia. Tendrán que imaginárselos.

Supongan que esto sea una caja, hueca por este lado, y que está colocada sobre una base, en el centro de la semiesfera. Sobre la caja pondrán un florero, real. Debajo hay un ramillete de flores. ¿Qué sucede entonces?



Experiencia del ramillete invertido

El ramillete se refleja en la superficie esférica, para aparecer en el punto luminoso simétrico. Dada la propiedad de la superficie esférica, todos los rayos que emanan de un punto dado aparecen en el mismo punto simétrico; con todos los rayos ocurre lo mismo. Se forma así una imagen real. Observen que en mi esquema los rayos no se cruzan por completo, pero así sucede también en la realidad, y en todos los instrumentos de óptica: obtenemos sólo una

aproximación. Más allá del ojo, los rayos continúan su trayectoria, y vuelven a divergir. Pero, para el ojo son convergentes, y producen una imagen real, pues la característica de los rayos que impresionan un ojo en forma convergente es la de producir una imagen real. Convergen cuando llegan al ojo, divergen cuando se alejan de él. Si los rayos impresionan al ojo en sentido contrario, se forma entonces una imagen virtual. Es lo que sucede cuando miran una imagen en el espejo: la ven allí donde no está. Aquí, por el contrario, ustedes la ven donde ella está, siempre y cuando el ojo de ustedes se encuentre en el campo de los rayos que ya se han cruzado en el punto correspondiente.

En ese momento, mientras no ven el ramillete real, que está oculto, verán aparecer, si están en el campo adecuado, un curiosísimo ramillete imaginario, que se forma justamente en el cuello del florero. Como sus ojos deben desplazarse linealmente en el mismo plano, tendrán una sensación de realidad sintiendo, al mismo tiempo, que hay algo extraño, confuso, porque los rayos no se cruzan bien. Cuanto más lejos estén, más influirá el paralaje, y más completa será la ilusión.

Es éste un apólogo que nos resultará de gran utilidad. Claro que este esquema no pretende abordar nada que tenga una relación substancial con lo que manipulamos en análisis: las relaciones llamadas reales u objetivas, o las relaciones imaginarias. Sin embargo, nos permite ilustrar, de modo particularmente sencillo, el resultado de la estrecha intrincación del mundo imaginario y del mundo real en la economía psíquica; verán ahora de qué modo.

## 2

Esta pequeña experiencia me fue favorable. No la inventé yo, es conocida desde hace mucho tiempo con el nombre de experiencia del ramillete invertido. Así, tal cual es, en su inocencia-sus autores no la fabricaron para nosotros-nos seduce hasta en sus detalles contingentes, el florero y el ramillete.

En efecto, el dominio propio del yo primitivo, Ur-Ich o LustIch', se constituye por clivaje(1), por distinción respecto al mundo exterior: lo que está incluido en el exterior se distingue de lo que se ha rechazado mediante los procesos de exclusión, Aufstossung, y de proyección. De allí que, sin duda, las concepciones analíticas del estadio primitivo de la formación del yo, colocaron en primer plano esas nociones que son las de continente y contenido. Por este motivo la relación entre el florero y las flores que contiene puede servir como metáfora, y de las más preciosas.

Saben que su proceso de maduración fisiológica permite al sujeto, en un momento determinado de su historia, integrar efectivamente sus funciones motoras y acceder a un dominio real de su cuerpo. Pero antes de este momento, aunque en forma correlativa con él, el sujeto toma conciencia de su cuerpo como totalidad. Insisto en este punto en mi teoría del estadio del espejo: la sola visión de la forma total del cuerpo humano brinda al sujeto un dominio imaginario de su cuerpo, prematuro respecto al dominio real. Esta formación se desvincula así del proceso mismo de la maduración, y no se confunde con él. El sujeto anticipa la culminación del dominio psicológico, y esta anticipación dará su estilo al ejercicio ulterior del dominio motor efectivo.

Es ésta la aventura imaginaria por la cual el hombre, por vez primera, experimenta que él se ve, se refleja y se concibe como distinto, otro de lo que él es: dimensión esencial de lo humano, que estructura el conjunto de su vida fantasmática.

En el origen suponemos todos los ellos, objetos, instintos, deseos, tendencias, etc. Se trata pues de la realidad pura y simple, que en nada se delimita, que no puede ser aún objeto de definición alguna; que no es ni buena ni mala, sino a la vez caótica y absoluta, originaria. Freud se refiere a este nivel en Die Verneinung cuando habla de los juicios de existencia: o bien es o bien no es. Aquí es donde la imagen del cuerpo of rece al sujeto la primera forma que le permite ubicar lo que es y lo que no es del yo. Pues bien, digamos que la imagen del cuerpo -si la situamos en nuestro esquema-es como el florero imaginario que contiene el ramillete de flores real. Así es como podemos representarnos, antes del nacimiento del yo y su surgimiento, al sujeto.

Se dan cuenta, sin duda, que estoy esquematizando, pero el desarrollo de una metáfora, de un dispositivo para pensar, exige primero entender para qué sirve. Verán que este dispositivo posee una capacidad de maniobra tal que es posible imprimirle cualquier tipo de movimiento. Pueden invertir las condiciones de la experiencia: el florero podría estar abajo y las flores arriba. Pueden, según su capricho, hacer imaginario lo que es real, siempre y cuando conserven la relación entre los signos, + - + 0 -+-.

Para que la ilusión se produzca, para que se constituya, ante el ojo que mira, un mundo donde lo imaginario pueda incluir lo real y, a la vez, formularlo; donde lo real pueda incluir y, a la vez, situar lo imaginario, es preciso, ya lo he dicho, cumplir con una condición: el ojo debe ocupar cierta posición, debe estar en el interior del cono.

Si está fuera de este cono, no verá ya lo que es imaginario, por la sencilla razón de que nada proveniente del cono de emisión le impactará. Verá las cosas tal como son, en su estado real, al desnudo, es decir el interior del mecanismo y, según los casos, un pobre florero vacío o bien unas desoladas flores.

Me dirán: No somos un ojo, ¿qué significa este ojo que se pasea de un lado al otro?

La caja representa el cuerpo de ustedes. El ramillete son los instintos y los deseos, los objetos de deseo que se pasean. ¿Y qué es el caldero? Tal vez el córtex. ¿Por qué no? Sería divertido: hablaremos de ello otro día.

El ojo de ustedes no se pasea en medio de todo esto, está fijado allí, como un pequeño apéndice titilante del córtex. Entonces, ¿por qué les cuento que se pasea, y que es en función de su posición que el dispositivo funciona o no?

Como sucede con frecuencia, el ojo es aquí el símbolo del sujeto. Toda la ciencia se basa en la reducción del sujeto a un ojo, por eso está proyectada ante ustedes, es decir objetivada; les explicaré en otra oportunidad este punto. Hubo un año en que alguien había traído una construcción muy buena de la teoría de los instintos, la más paradójica que yo jamás haya

oído, en la cual se entificaban los instintos. Al final, ni uno quedaba en pie; en ese sentido era una demostración útil. Sería preciso, para relucirnos por un instante a no ser sino un ojo, que nos situásemos en la posición del sabio que puede decretar que él sólo es un ojo, y colocar un letrero en la puerta: No molestar al experimentador. No ocurren así las cosas en la vida pues no somos un ojo. ¿Qué significa entonces este ojo que está aquí?

Significa que, en la relación entre lo imaginario y lo real, y en la constitución del mundo que de ella resulta, todo depende de la situación del sujeto. La situación del sujeto-deben saberlo ya que se lo repito\_está caracterizada esencialmente por su lugar en el mundo simbólico; dicho de otro modo, en el mundo de la palabra. De ese lugar depende que el sujeto tenga o no derecho a llamarse Pedro. Según el caso, estará o no, en el campo del cono.

Aún cuando esto parezca un poco rígido tienen que metérselo en la cabeza para poder comprender lo que ha de seguir.

### 3

Debemos tomar el texto de Melanie Klein como lo que es: el informe de una experiencia.

Se trata de un muchacho que, nos informan, tiene unos cuatro años, pero cuyo nivel general de desarrollo está entre los quince y los dieciocho meses. Es éste un problema de definición; nunca se sabe qué se quiere decir con esto. ¿Cuál es el instrumento de medición? Esta aclaración se omite a menudo. Un desarrollo afectivo entre quince y dieciocho meses, esta noción es aún más vaga que la imagen de una flor en la experiencia que acabo de presentarles.

El niño dispone de un vocabulario muy limitado, y más que limitado, incorrecto. Deforma las palabras, y la mayor parte del tiempo las emplea mal; otras veces en cambio uno se da cuenta que conoce su sentido. Melanie Klein insiste en el hecho más sorprendente: este niño no desea hacerse comprender, no busca comunicarse; sus únicas actividades más o menos lúdicas son emitir sonidos y complacerse con estos sonidos sin significación, con estos ruidos.

Sin embargo, este niño posee algo de orden del lenguaje, si no Melanie Klein no podría hacerse entender por él. Dispone de algunos elementos del aparato simbólico. Por otra parte, Melanie Klein, desde el primer contacto con el niño, que es tan importante, caracteriza su actitud como apática, indiferente. Pero no por ello carece de orientación. No da la impresión de ser idiota ni mucho menos. Melanie Klein lo distingue de todos los niños neuróticos que ha examinado antes señalando que, en él, no hay indicios aparentes de ansiedad, ni siquiera en la forma velada en que aparece en los neuróticos: explosión o bien retracción, rigidez, timidez. Algo así no podría escapársele a una terapeuta de la experiencia de Melanie Klein. Aquí está el niño, como si no pasara nada. Mira a Melanie Klein como miraría un mueble.

Subrayo estos aspectos porque quiero destacar el carácter uniforme que, para él, tiene la realidad. Todo le es igualmente real, igualmente indiferente.

Aquí comienzan las perplejidades de la señorita Gélinier.

El mundo del niño, nos dice Melanie Klein, se produce a partir de un continente-sería el cuerpo de la madre-y de un contenido del cuerpo de esta madre. A lo largo del avance de sus relaciones instintuales con ese objeto privilegiado que es la madre, el niño se ve llevado a realizar una serie de relaciones de incorporación imaginaria. Puede morder, absorber el cuerpo de su madre. El estilo de esta incorporación es un estilo de destrucción.

El niño espera encontrar en ese cuerpo materno cierta cantidad de objetos que, aunque están incluidos en él, están provistos de cierta unidad, objetos que pueden serle peligrosos. ¿Por qué peligrosos? Exactamente por la misma razón por la cual él es peligroso para ellos. Los reviste-es oportuno decirlo-en espacio, con las mismas capacidades de destrucción de las que se siente portador. Acentuará en este sentido su exterioridad respecto a las primeras delimitaciones de su yo, y los rechazará como objetos malos, peligrosos, caca.

Estos objetos serán, desde luego, exteriorizados, aislados de ese primer continente universal, de ese primer gran todo que es la imagen fantasmática del cuerpo de la madre, imperio total de la primera realidad infantil. Sin embargo, siempre se le presentarán provistos del mismo acento maléfico que habrá marcado sus primeras relaciones con ellos. Por eso los re-introyectará, y trasladará su interés hacia otros objetos menos peligrosos. Llevará a cabo, por ejemplo, lo que se llama la ecuación heces-orina. Diferentes objetos del mundo exterior, más neutralizados, se constituirán en equivalentes de los primeros, vinculándose a ellos por una ecuación-lo subrayo-imaginaria. De este modo la ecuación simbólica que volvemos a descubrir entre estos objetos surge de un mecanismo alternativo de expulsión e introyección, de proyección y absorción, vale decir, de un juego imaginario.

Precisamente es este juego el que trato de simbolizar en mi esquema por las inclusiones imaginarias de objetos reales, o inversamente por las capturas en el interior de un ámbito real de objetos imaginarios.

En Dick, observamos un esbozo de imaginarización, si puedo decirlo así, del mundo exterior. Está ahí, a punto de aflorar, pero está tan sólo preparado.

Dick juega con el continente y con el contenido. De modo natural ya ha entificado ciertos objetos, por ejemplo el trenecito, ciertas tendencias, incluso ciertas personas; él mismo es el trenecito en relación a su padre que es el tren grande. Por otra parte, hecho sorprendente, el número de objetos que son para él significativos es extremadamente reducido; reducido a los signos mínimos que permiten expresar el adentro y el afuera, el contenido y el continente. Así, el espacio negro es inmediatamente asimilado al interior del cuerpo de la madre en el cual se refugia. Lo que no se produce es el juego libre, la conjunción entre las diferentes formas, imaginaria y real de los objetos. Así, cuando busca refugio en el interior vacío y negro del cuerpo materno, los objetos no están allí, para gran sorpresa de la señorita Gélinier. Por la sencilla razón de que en su caso, el ramillete y el florero no pueden estar allí al mismo tiempo. Esta es la clave.

El asombro de la señorita Gélinier se debe a que, para Melanie Klein, todo está en un plano de igual realidad- The unreal reality como dice-lo cual, en efecto, no permite concebir la

disociación de los diferentes sets de objetos primitivos. Sucede que para Melanie Klein, no hay teoría de lo imaginario, ni teoría del *ego*. Somos nosotros quienes debemos introducir estas nociones y comprender que si una parte de la realidad es imaginada la otra es real; o inversamente, si una es real la otra se convierte en imaginaria. Comprendemos entonces por qué, al comienzo, la conjunción de las diferentes partes, de los diferentes sets, no puede lograrse nunca.

Estamos aquí en la relación del espejo.

Llamamos a esto el plano de la proyección: ¿cómo señalar el correlato de la proyección? Habría que encontrar un término diferente al de introyección. Tal como lo utilizamos en análisis el término introyección no es lo contrario de proyección. Habrán observado que prácticamente sólo se lo emplea cuando se trata de introyección simbólica. Siempre se acompaña de una denominación simbólica. La introyección es siempre introyección de la palabra del otro, lo que introduce una dimensión muy diferente a la de la proyección. Mediante esta distinción podrán separar lo que pertenece a la función del *ego*, que es del orden del registro dual; y lo que pertenece a la función del superyó. Su distinción no es gratuita en la teoría psicoanalítica, y no por nada se admite que el superyó, el superyó auténtico, es una introyección secundaria respecto a la función del *ego* ideal.

Estas son observaciones al margen. Vuelvo al caso descrito por Melanie Klein.

El niño está allí. Dispone de cierta cantidad de registros significativos. Melanie Klein-podemos seguirla en este punto-hace hincapié en la gran estrechez de uno de ellos: el registro imaginario. Normalmente las posibilidades de juego, de transposición imaginaria son las que permiten que se realice la valorización progresiva de los objetos en el plano comúnmente denominado afectivo, mediante una multiplicación de los engranajes, un despliegue en abanico de todas las ecuaciones imaginarias que permiten al ser humano ser el único, entre los animales, que posee un número casi infinito de objetos a su disposición; objetos marcados con un valor de Gestalt en su Umwelt, objetos delimitados en sus formas. Melanie Klein subraya la pobreza del mundo imaginario y, al mismo tiempo, la imposibilidad de este niño de establecer una relación efectiva con los objetos en tanto estructuras. Correlación que es importante aprehender.

Si resumimos ahora todo lo que describe Melanie Klein acerca de la actitud de este niño, el punto significativo es simplemente éste: no dirige ningún llamado.

El llamado, les recomiendo retengan esta noción. Ustedes pensarán: Por supuesto, el Dr. Lacan ya va a empezar otra vez con el lenguaje. Pero este niño ya tiene un sistema de lenguaje suficiente. La prueba está en que juega con él. Incluso lo utiliza para dirigir un juego de oposición contra los intentos de intrusión de los adultos. Por ejemplo, se comporta en una forma que en el texto es denominada negativista. Cuando su madre le propone una palabra que él es capaz de reproducir correctamente, la reproduce de modo ininteligible, deformado, o inservible. Volvemos a encontrar aquí la distinción necesaria entre negativismo y denegación, como nos ha recordado Hyppolite, demostrando así no sólo su gran cultura, sino también que ha visto enfermos. Dick utiliza el lenguaje en forma propiamente negativista.

En consecuencia, al introducir el llamado no introduzco indirectamente el lenguaje. Más aún, diría que no sólo no es el lenguaje, sino que ni siquiera es un nivel superior al lenguaje. Si se habla de niveles, estaría más bien por debajo del lenguaje.

No tienen más que observar un animal doméstico para ver cómo un ser desprovisto de lenguaje es totalmente capaz de dirigir llamados; llamado para atraer la atención de ustedes hacia algo que, en cierto sentido, le falta. Al llamado humano le está reservado un desarrollo ulterior, más rico, precisamente porque se produce en un ser que ya adquirió el nivel del lenguaje.

Esquematicemos.

Un tal Karl Bühler formuló una teoría del lenguaje, que no es la única ni la más completa, pero en la que hay algo que no deja de presentar cierto interés: distingue tres etapas en el lenguaje. Desgraciadamente las ubica mediante registros que no las tornan demasiado comprensibles.

En primer lugar, el nivel del enunciado como tal, que está a un nivel casi de dato natural. Me encuentro a nivel del enunciado cuando le digo a alguien la cosa más sencilla, por ejemplo un Imperativo. Hay que situar en este nivel del enunciado todo lo concerniente a la naturaleza del sujeto. Un oficial, un profesor, no darán sus órdenes con el mismo lenguaje que un obrero o un contramaestre. Todo lo que aprendemos a nivel del enunciado, en su estilo y hasta en sus entonaciones, se refiere a la naturaleza del sujeto.

En un imperativo cualquiera hay otro plano: el del llamado. Se trata del tono con el que se dice este imperativo. El mismo texto puede tener valores completamente diferentes según el tono empleado. El simple enunciado Deténgase puede tener según las circunstancias valores de llamado completamente diferentes.

El tercer valor es el de la comunicación: aquello de lo que se trata, y su referencia al conjunto de la situación.

Con Dick estamos a nivel del llamado. El llamado cobra su valor en el Interior del sistema ya adquirido del lenguaje. Ahora bien, ocurre que este niño no pronuncia ningún llamado. El sistema por el que el sujeto llega a situarse en el lenguaje está interrumpido a nivel de la palabra. El lenguaje y la palabra no son lo mismo: este niño hasta cierto punto es dueño del lenguaje, pero no habla. Es un sujeto que está allí y que, literalmente, no responde.

La palabra no le ha llegado. El lenguaje no se ha enlazado a su sistema imaginario, cuyo registro es extremadamente pobre: valorización de los trenes, de las manijas de las puertas, del lugar negro. Sus facultades, no de comunicación, sino de expresión están limitadas a esto. Para él lo real y lo imaginario son equivalentes.

Melanie Klein debe entonces renunciar aquí a toda técnica. Tiene un material mínimo. Ni siquiera dispone de juegos: este niño no juega. Cuando toma a veces el trenecito, no juega, lo hace como si atravesase la atmósfera, como si fuese invisible, o más bien como si, en cierto

modo, todo le fuese invisible.

Melanie Klein no interpreta nada aquí, y tiene clara conciencia de ello. Parte-dice-de las ideas que tiene, que son conocidas, acerca de lo que sucede en este estadio. Voy directamente y le digo: Dick tren pequeñito, tren grande papátren.

Entonces, el niño se pone a jugar con su trenecito y le dice la palabra station o sea estación. Momento crucial en el que se esboza la unión del lenguaje con el imaginario del sujeto.

Melanie Klein le devuelve lo siguiente: La estación es mamá, Dick entrar en mamá. A partir de ese momento todo se desencadena. Ella sólo hará este tipo de cosas, ninguna otra. Rápidamente el niño progresa. Es un hecho.

¿Qué ha hecho Melanie Klein? Tan sólo aportar la verbalización. Ha simbolizado una relación efectiva: la de un ser, nombrado, con otro ser. Ha enchapado la simbolización del mito edípico, para llamarlo por su nombre. A partir de entonces, y después de una primera ceremonia, que consistirá en refugiarse en el espacio negro para volver a tomar contacto con el continente, la novedad surge para el niño.

El niño verbaliza un primer llamado: un llamado hablado. Solicita a su niñera, con quien había entrado y a quien había dejado partir como si nada. Por primera vez, produce una reacción de llamado que no es simplemente un llamado afectivo, mimado por todo el ser, sino un llamado verbalizado que supone, entonces, una respuesta. Se trata de una primera comunicación, en el sentido propio, técnico, del término.

Luego las cosas se desenvuelven hasta el punto en que Melanie Klein hace intervenir los otros elementos de la situación, ahora organizada; incluso el padre desempeña su papel. Fuera de las sesiones dice Melanie Klein-las relaciones del niño se desarrollan en el plano del Edipo. El niño simboliza la realidad que lo rodea a partir de ese núcleo, de esa pequeña célula palpitante de simbolismo que le ha dado Melanie Klein.

Es lo que ella más tarde llama: haber abierto las puertas de su inconsciente.

¿Acaso Melanie Klein ha hecho algo que evidencie la más mínima aprehensión de no sé qué proceso que sería, en el sujeto, su inconsciente? Por hábito, lo admite de entrada. Vuelvan a leer toda la observación y encontrarán allí una manifestación sensacional de la fórmula que siempre repito: el inconsciente es el discurso del otro.

Este es un caso donde esta fórmula es absolutamente evidente. No hay en el sujeto ningún tipo de inconsciente. Es el discurso de Melanie Klein el que injerta brutalmente, en la inercia yoica inicial del niño, las primeras simbolizaciones de la situación edípica. Melanie Klein siempre procede así con sus sujetos, más o menos implícitamente, más o menos arbitrariamente.

En el caso dramático de este sujeto que no ha accedido a la realidad humana porque no hace ningún llamado, ¿cuáles son los efectos de las simbolizaciones introducidas por la terapeuta?

Elas determinan una posición inicial a partir de la cual el sujeto puede hacer jugar lo imaginario y lo real, y conquistar así su desarrollo. El niño se precipita en una serie de equivalencias, en un sistema donde los objetos se sustituyen unos a otros. Recorre toda una serie de ecuaciones que le hacen pasar de ese intervalo entre los dos batientes de la puerta, adonde iba a refugiarse como si fuera el negro absoluto del continente total, a objetos que lo sustituyen; la palangana de agua por ejemplo. Despliega y articula así todo su mundo. Pasará luego de la palangana al radiador eléctrico, a objetos más y más elaborados. Accede a contenidos cada vez más ricos, y también a la posibilidad de definir el contenido y el no-contenido.

¿Por qué hablar en este caso de desarrollo del *ego*? Esto es confundir como siempre *ego* y sujeto.

El desarrollo sólo se produce en la medida en que el sujeto se integra al sistema simbólico, se ejercita en él, se afirma a través del ejercicio de una palabra verdadera. Notarán que ni siquiera es necesario que esta palabra sea la suya. En la pareja momentáneamente formada por la terapeuta y el sujeto, aún cuando su forma sea mínimamente afectiva, puede producirse una palabra verdadera. Sin duda no cualquier palabra: en esto radica la virtud de la situación simbólica del Edipo.

Verdaderamente ésta es la llave, llave en verdad pequeña. Ya les señalé que muy probablemente existía un manojito de llaves. Tal vez un día de estos dé una conferencia acerca de lo que nos enseña, en este sentido, el mito de los primitivos: no diré de los más primitivos, pues no son menos, y conocen acerca de esto mucho más que nosotros. Cuando estudiamos una mitología, por ejemplo la que quizá va a ser publicada sobre una población sudanesa, vemos que el complejo de Edipo no es para ellos más que una tontería. Es apenas un detalito de un inmenso mito. El mito permite confrontar una serie de relaciones entre los sujetos de tal riqueza y complejidad que, en comparación, el Edipo parece una versión hasta tal punto abreviada que, finalmente, puede llegar a resultar inservible.

Pero qué importa. Hasta ahora, nosotros, analistas, nos hemos conformado con él. Ciertamente, intentamos elaborarlo un poco, pero más bien tímidamente. Nos sentimos siempre horriblemente embarullados pues distinguimos mal entre imaginario, simbólico y real.

Quiero ahora señalarles lo siguiente. Cuando Melanie Klein le transmite el esquema del Edipo, la relación imaginaria que vive el sujeto, aunque extremadamente pobre, es ya suficientemente compleja como para que pueda afirmarse que el niño tiene su mundo propio. Pero, para nosotros, este real primitivo es literalmente inefable. Mientras no nos diga algo acerca de él, no tenemos ningún medio para penetrarlo, salvo mediante extrapolaciones simbólicas que constituyen la ambigüedad de todos los sistemas como el de M. Klein; ella nos dice, por ejemplo, que en el interior del imperio materno, el sujeto está allí con todos sus hermanos, incluyendo también el pene del padre, etc. ¿En serio ?

No importa, porque podemos captar en todo caso cómo este mundo se pone en movimiento, cómo imaginario y real comienzan a estructurarse, cómo se desarrollan las cargas sucesivas que delimitan la variedad de los objetos humanos, es decir nombrables. Todo este proceso encuentra su punto de partida en este primer fresco constituido por una palabra significativa,

que formula una estructura fundamental que, en la ley de la palabra, humaniza al hombre.

¿Cómo decirlo aún de otro modo? Pregúntense ustedes qué representa el llamado en el campo de la palabra. Pues bien, es la posibilidad de la negativa. Digo la posibilidad. El llamado no implica la negativa, no implica ninguna dicotomía, ninguna bipartición. Pero pueden comprobar que es en el instante en que se produce el llamado cuando se establecen en el sujeto las relaciones de dependencia. Recibirá a partir de entonces a su niñera con los brazos abiertos, y se esconderá adrede detrás de la puerta; manifestará súbitamente ante Melanie Klein la necesidad de contar con un compañero en ese rincón reducido que fue a ocupar por un momento. Luego vendrá la dependencia.

En esta observación pueden ver entonces jugar en el niño, independientemente, la serie de relaciones pre-verbales y post-verbales. Perciben que el mundo exterior-lo que llamamos el mundo real, no es más que un mundo humanizado, simbolizado, constituido por la trascendencia introducida por el símbolo en la realidad primitiva-sólo puede constituirse cuando se han producido, en el lugar adecuado, una serie de encuentros.

Estas posiciones pertenecen al mismo orden que las que, en mi esquema, hacen que determinada estructuración de la situación dependa de determinada posición del ojo. Volveré a utilizar este esquema. Hoy sólo quise introducir un ramillete, pero se puede introducir el otro.

A partir del caso de Dick, y utilizando las categorías de lo real, lo simbólico y lo imaginario, demostré cómo es posible que un sujeto que dispone de todos los elementos del lenguaje, que tiene la posibilidad de realizar desplazamientos imaginarios que le permitirían estructurar su mundo, no estuviese en lo real. ¿Por qué no lo está? Únicamente porque las cosas no han aparecido en cierto orden. La figura en su conjunto está dislocada. Imposible darle a ese conjunto el más mínimo desarrollo.

¿Se trata acaso de desarrollo del *ego*? Vuelvan al texto de Melanie Klein. Ella dice que el *ego* se ha desarrollado demasiado precozmente, de modo tal que el niño mantiene una relación demasiado real con la realidad porque lo imaginario no puede introducirse; luego, en la segunda parte de su frase, dice que es el *ego* quien detiene el desarrollo. Esto quiere decir, sencillamente, que no puede utilizarse, en forma valedera, el *ego* como aparato en la estructuración del mundo exterior. Por una sencilla razón: dada la mala posición del ojo, el *ego* pura y simplemente no aparece.

Supongamos que el florero sea virtual. El florero no aparece y el sujeto permanece en una realidad reducida, con un bagaje imaginario también reducido.

Deben comprender cuál es el resorte de esta observación: la virtud de la palabra, en tanto el acto de la palabra es un funcionamiento coordinado con un sistema simbólico ya establecido, típico y significativo. .

Esto merecería que ustedes formularan preguntas, que volvieran a leer el texto, que manejasen también este pequeño esquema para ver por su propia cuenta de qué modo les puede ser útil.

Lo que ofrecí hoy es una elaboración teórica que se mantiene próxima a los problemas planteados por la señorita Gélinier la última vez. Anuncio el título de la próxima sesión que tendrá lugar dentro de quince días: La transferencia en los distintos niveles donde es preciso estudiarla.

Indice del Seminario 1

## **Notas finales**

### **1 (Ventana-emergente - Popup)**

Clivage, del verbo cliver: partir [un cuerpo mineral, un diamante] en el sentido natural de sus capas; superficie según la cual se parte una roca. De origen holandés, usado en el comercio de diamantes - el corte exacto de la piedra - pasó al francés y al inglés.